

Sesenta y cinco años atrás

Por NEMO

Varios jóvenes de la capital (Tegucigalpa) han formado una sociedad con el nombre de Vargas Vila.

(DIARIO DEL SALVADOR, jueves 10. de noviembre de 1905).

José María Vargas Vila fue un escritor desafortunadamente fecundo que en más de cincuenta libros abordó los más variados temas como novela, ensayo, crítica, etc., etc. Ególatra, megalómano, impio, blasfemo, se hizo de un estilo muy suyo, pomposo, ampuloso, retumbante, y en tono declamatorio expresaba hasta los asuntos más baladíes, todo lo cual hacía de sus escritos unos atolladeros difíciles de salvar. Y todavía, para colmo de extravagancias, en su afán de notoriedad se inventó una puntuación anárquica y estrafalaria en lo cual, felizmente —y muy explícitamente— no ha tenido imitadores, y es de presumirse que no los tendrá jamás. Si alguna vez tuvo sus lectores entre un público basto, ahora el total de su producción literaria se encuentra relegada a las trastiendas y a las porterías.

Da pena ver cómo esos pobres muchachos de Tegucigalpa, ofuscados por un relumbrón de quincallería, cayeron en la ingenuidad de tomar el nombre de Vargas Vila para nominar una sociedad, supongo que literaria cuando, sin salir de Colombia, pudieron escoger entre una pléyade de verdaderos talentos, Jorge Isaacs, Isaías Gamboa, Guillermo Valencia, César Conto y tantos otros más. Incluso Julio Flores, el floriente, y Silva, el suicida, hubieran sido preferibles a don José María.

CLAROSCURO

Gente de etiqueta

Por Marco A. Almazán

No era un hombre de etiqueta porque fuese vestido de smoking. Todo lo contrario: estábamos en la playa y sólo llevaba puesto el traje de baño. Hablamos de literatura, de política, de las muñecas en bikini que pasaban frente a nosotros; en fin, de todas esas cosas de las que solemos hablar los hombres mundanos y bien educados. Al despedirme, le di mi tarjeta. El quiso hacer lo mismo, pero como no llevaba la cartera encima, solucionó el problema acercándose al bar y pidiendo una botella, la cual me entregó con una amable sonrisa.

—Aquí tiene mi tarjeta, para lo que guste mandar —me dijo.

—¿Acaso se llama usted Johnny Walker? —pregunté incrédulo.

—Sí, señor. Para servirle.

—¿Caray! Tiene usted nombre de whisky. Parodiando a Luis XIV, sacó el pecho y exclamó:

—El whisky soy yo.
—Supongo, entonces, que se bañará usted en agua de soda —comenté con frivolidad.

—Depende con quién esté. Los ingleses me prefieren con agua natural. Hay norteamericanos que me piden en las rocas —sonrió petulantemente.

—O—
En mi larga carrera de trotamundos, he conocido a mucha gente de etiqueta. Recuerdo a un tal Mr. Philip Morris, que en Nueva York me hizo la confidencia de estar hasta la coronilla —o hasta el filtro— por llamarse así.

—¿Pero hombre! —exclamé—. Debería usted sentirse orgulloso de llevar un nombre de tanta fama. Los cigarrillos Philip Morris son muy populares en todo el mundo. Con mostrar una cajetilla se da usted a conocer en cualquier sitio.

—Ese es precisamente mi problema —repuso—. En cuanto oyen mi nombre, no falta un bromista.
—Pasa a la Pág. 12—

El Diario de Hoy

HAY QUE HACER UN GRAN PUEBLO EN CENTRO AMERICA

Fundador y Director: N. Viera Altamirano
Sub-Director: Ing. Enrique Altamirano

Representantes en E. U.
Joshua B. Powers Inc, 551 Fifth Ave., New York N. Y.

Servicios Informativos:
United Press Int., Associated Press y Radlolofo de AP.

Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa y de la Asociación de Periódicos de Centro-América

Suscripción Anual \$ 34.00
Suscripción Mensual \$ 3.00

Al exterior:
Franqueo Extra.

La imagen de la provincia en la metrópoli opulenta

Por N. VIERA ALTAMIRANO

Muy de mañana, desde nuestro albergue temporario en el Camino Real, nos hemos ido a pie —sin temor alguno a los secuestros ni a los asesinatos— hasta el Paseo de la Reforma. Una larga caminata a paso lento, hasta mucho más allá del "Angelito", del María Isabel y qué más. La hora, matinal de verdad, con frescura de invierno que comienza, con suave brisa. Mucha gente de prisa. Al trabajo, porque esta ciudad de México no resistiría la pereza en sus habitantes ni su desgano: todos van con semblantes alegres.

¿O será todo esto que queremos pasar a una columna solamente el reflejo de lo que llevamos dentro? Porque en verdad cada uno ve la vida con sus propios ojos. Y con el color aquel del maravilloso clásico que nos dejó como una joya de la Edad de Oro de España: del cristal con que se mira.

Pero bien —sea algo propio o algo de fuera—, el hecho es que este recorrido —que nos ha hecho recordar el paso furtivo nuestro por la ciudad de México hace muchos años— nos enciende la mente y nos llama a escribir. Porque esto de escribir es una vocación que se traduce en hábito, en costumbre irreversible, en manía al final, sobre todo cuando ya empiezan a declinar las fuerzas o cuando nuestros lectores —los que han hecho nuestro público al través de los años— se han reducido. Y es por eso que a donde vayamos vamos ya listos para el diario escribir.

Sin embargo, esta justificación tiene sus raíces en algo más firme que una volandera página. Para nosotros el escritor es aquel que escribe siempre, que no puede quedarse sin escribir. Hace años —en un tiempo en que cuanto salía de nuestras manos tenía que pasar por la sala de censura de la Policía— nosotros pedimos al escritor —a todos los escritores— escribir. Si no podía hacerse en los diarios, pues en las revistas. O en hojas sueltas. O en las paredes. Porque siempre hemos creído que el que tiene una idea siente la profunda necesidad de decirla, de contarla. Como cuando uno no se aguante a contar un sueño que cree que debe contarse.

Naturalmente, que hay que tomar en cuenta la realidad vital del escritor. Porque algunas veces el escribir no es para vivir. Para esos casos nosotros adelantábamos —en aquellos mismos tiempos de que hacemos mención— el consejo de que el escritor debe tener dos oficios: el de escritor y el de carpintero, mecánico, fruticultor, médico o ingeniero. Porque cuando le toque no poder escribir con honestidad, podrá vivir de lo otro. Sin dejar que el estómago le eche a perder la conciencia.

Pero sigamos por este Paseo de la Reforma. Poco a poco los comercios se abren y en las aceras despliegan sus mercancías típicas los pequeños negociantes. Y es en ellos en donde por centésima vez queremos encontrar motivo para que los hispanoamericanos no se dejen arrebatar su fe en el crecimiento poderoso de sus respectivos países.

Porque este humilde vendedor de cualquier cosa es el reflejo, aquí, del México de más adentro, del México que no tiene ni rascacielos, ni grandes tiendas, ni nada o muy poco de lo que la expresión positiva del progreso debiera tener. Pero si bien México en su gran capital tiene que confesar lo que le falta y que se descubre en el visitante de los Estados —de las provincias— su realización aquí es algo que le justifica. Porque primero será la metrópoli y después los Estados. Antes, las metrópolis se forjaban a fuerza del privilegio político. Ahora se estructuran libremente, por obra de las fuerzas económicas. Pero la realidad es que la ciudad de México le da a la nación mexicana lo que un México subdividido en varias repúblicas no habría alcanzado jamás.

Este mexicano humildísimo —hombre de rudas manos o mujer cargada benditamente de niños— es el ejemplar humano que vemos en las calles de Lima, o de Quito o de Caracas, o de San Salvador o Guatemala y que nos pide saber esperar y no perder la fe.

Piensen muchos que si los españoles hubiesen optado por extinguir totalmente al aborigen del Nuevo Mundo, lo que llamamos Hispano-América o Ibero-América estaría mejor, sin el remanente de una raza o de las muchas razas que la Conquista dejó con vida, tal como los hombres blancos del Norte lo hicieron, trasplantando al europeo para que hiciera una nueva Europa.

Pero el tropiezo es que España no habría podido trasplantar su clima a toda América. El trópico era distinto, y tenemos que reconocer que si bien la conquista destruyó en gran parte lo que América tenía como propio y significó desarticulación, amputación a elementos vitales de nuestros pueblos, la permanencia del aborigen americano —esos que se cuentan por millones en México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, Paraguay, Brasil y Venezuela— está haciendo posible lo que tenemos a la vista: la configuración de una gran fa-
—Pasa a la Pág. 24—

Figueres en la O. N. U.

FIGUERES EN LA O. N. U.

Por W. K. Mayo



W. K. MAYO

NACIONES UNIDAS, N. Y. Albricias! La ONU cuenta ya con veinticinco años de existencia, cinco más que su predecesora, la infatigable Sociedad de Naciones (1919-1939). Y todo invita a creer que seguirá existiendo para bien del género humano. La celebración en 1960, del décimo quinto aniversario fue agitada, tempestuosa. Hicieron acto de presencia en la sede de las Naciones Unidas las grandes figuras de la política mundial entonces: Krushev, Nehru, Tito, Sukharno, Nkrumah, Sihanouk, Nasser. . .

Se discutía la cuestión del Congo, recién independizado, y Moscú pretendía hacerse el suyo. Krushev, indignado "exigió" que las Naciones Unidas se trasladaran a Europa, y argumentó su tesis golpeando el pupitre con el zapato. . .

Han transcurrido diez años. El Congo ha superado su crisis inicial. Los figurones del año 60 se han eclipsado. Y la ONU, vigorizada, sigue su marcha adelante.

El vigésimo quinto aniversario es mucho más tranquilo y esperanzador que el décimo quinto.

Los estadistas de 1970 son más equilibrados que los de 1960. Los Krushev, Nehru, Sukharno, Nkrumah, Sihanouk Nasser, etc. desaparecieron. La nueva generación no es apocalíptica como la anterior. Y eso constituye un indudable progreso.

La ONU, en su 25 aniversario, es ya mayor de edad, y no se siente inclinada al dramatismo. No desea discursos teatrales, henchidos de vana retórica. Prefiere razones, hechos, experiencia, posibilidades.

En ese sentido, los tres estadistas que, a mi juicio, han reflejado mejor la cordura necesaria en este instante histórico han sido un iberoamericano, José Figueres, Presidente de Costa Rica; un europeo, comunista, Nicolás Ceausescu, Presidente de Rumania, y un asiático, el Príncipe Souvanna Phuma, Primer Ministro de Laos.

Si Costa Rica, en vez de ser un pequeño país, tuviese la extensión de la Argentina, o de México, o del Brasil, Figueres tendría un pedestal mayor que el que ahora tiene, y su voz resonaría más poderosamente.
—Pasa a la Pág. 24—

DE LA VIDA REAL

Juventud quemada: Angela Davis

Por Martín Frank

NUEVA YORK. El nombre de Angela Davis empezó a sonar hace un año. La Universidad de California, Los Angeles, la había nombrado profesora asistente en una cátedra de Filosofía

Miss Davis, que acababa de terminar los estudios, había asombrado a sus profesores por su capacidad intelectual. Se trataba de una muchacha —tenía 25 años— excepcional. El porvenir le sonreía: sería profesora de Filosofía, dictaría conferencias, escribiría libros, asistiría a congresos mundiales, y brillaría siempre, para bien de su patria y de su raza porque Angela Davis es negra.

Físicamente, Angela Davis es alta, delgada y bien parecida. Lo tenía todo para triunfar en la vida.

Pero había un pero. . . Angela Davis es comunista. . .

En Estados Unidos, el partido comunista es legal. Se puede ser comunista sin faltar a la ley. Ahora bien, el Estado y las instituciones se defienden, y no admiten a comunistas en sus organizaciones.

Cuando se hizo público que la Universidad de California había nombrado profesora de Filosofía a una comunista se armó un gran escándalo.

Pero la profesora de Filosofía Miss Davis desempeñaba admirablemente sus funciones, los alumnos estaba encantados, y los directivos de la Universidad defendieron a la profesora Davis.

Ahora bien, Angela Davis tenía una personalidad doble: una vez terminada sus lecciones en la Universidad, se convertía en una agitadora. Participaba en los grupos de estudiantes más radicales y preconizaba la acción violenta como la única medida salvadora. . .

Naturalmente, ese equívoco no podía prolongarse indefinidamente. Al finalizar el curso,
—Pasa a la Pág. 12—